

“Formación de Espectaristas” es un proyecto en curso, que en agosto de este año recibió el IMPULSO A ACCIONES CULTURALES CON BASE EN LA TEATRALIDAD, otorgado por la Facultad de Arte.

Nació del deseo de desarrollar una práctica artística comunitaria en el Barrio Villa Aguirre, procurando generar las condiciones para que los vecinos puedan asumirse como protagonistas del proceso creativo. Surgió por iniciativa de los talleristas de teatro del Programa de Referencia “La Tribu”, la estudiante de teatro Katherine Lumovich y el estudiante de artes visuales (IPAT) Nazareno Di Biase, junto a la graduada de teatro Gina Biagioli, multiplicadora de las técnicas del Teatro de Oprimido. La convocatoria de la Facultad permitió sumar al equipo a Emanuel Amatte, estudiante de realización audiovisual, Paloma Rodríguez del Pino, estudiante de fotografía (IPAT), y Guillermo “Toto” Riva, fotógrafo y vecino del barrio vinculado a los Scouts y a La Tribu. El recurso económico asignado permitió cubrir algunos gastos de producción y remunerar simbólicamente las tareas desarrolladas durante agosto y septiembre.

Esta semblanza pretende dar cuenta del recorrido hasta hoy, describiendo someramente actividades, dudas, dificultades, intentos y hallazgos que, puestos de relieve, nos ayudan a desplegar perspectivas de acción a futuro.

Desde el inicio, quisimos basar nuestras intervenciones en la teatralidad, entendida en sentido amplio, como un proceso y un fenómeno que no es específico del teatro sino que existe fuera de él, y supone una participación activa de los espectadorxs (Féral, 2003). Un objetivo puntual era, y tal vez lo siga siendo, crear una pieza de teatro foro a través de la cual dialogar con la gente, en escena y fuera de ella, sobre problemas del barrio. Pero el horizonte no era ni es el espectáculo, sino la transformación de las relaciones sociales, mediada por el teatro, o por todas las formas estéticas de conocimiento y comunión que seamos capaces de crear.

Queríamos -queremos- facilitar la apropiación de procedimientos artísticos por parte de los vecinos, para que la obra que pueda construirse (cualquiera sea y al tiempo que sea) les pertenezca. Queremos poner a disposición “los medios de producción teatral”, pero ¿quién quiere apropiarse de lo que no conoce? Y a la inversa, ¿cómo pueden ser efectivas las herramientas que tenemos para compartir, si no conocemos el territorio, la mirada que sus habitantes tienen de él, las herramientas de las que ya disponen para interpretarlo y transformarlo?

Nuestros esfuerzos se volcaron a la investigación de las estrategias por las cuales despertar el interés de los vecinos por la práctica teatral, por un lado, y por otro y al mismo tiempo, a recolectar material sensible que pudiera servir para la creación de una obra. Entendiendo ese proceso de creación, también, como un proceso de construcción de conocimiento.

Esto no se dio de manera lineal, no es que nos lo planteamos de una vez y para siempre. Muchas veces nos perdimos en el hacer, nos repreguntamos por el sentido de nuestras intervenciones, nos frustramos, probamos cosas distintas, reformulamos sobre la marcha.

Una de las primeras técnicas que implementamos fue la caminata extracotidiana por el barrio, a modo de “deriva”, en parejas pero sin hablar, buscando tesoros, detalles que nos llamaran la

atención. Descubrimos sonidos, animales, lugares, códigos de convivencia que antes no habíamos hecho conscientes. Capturamos algunas imágenes, hicimos las primeras preguntas a los vecinos. Nos llamó la atención que en general resultaba muy fácil nombrar aquello que no les gustaba y les costaba identificar las cosas que sí. Nos propusimos hacer fotos para destacar imágenes bellas de Villa Aguirre.

A su vez, buscando construir una obra que hablara del barrio en nombre propio, pensamos en hacer entrevistas para extraer frases y testimonios. Creíamos que si la gente no se animaba a actuar, una forma de que se sintieran parte podía ser montar instalaciones donde estuvieran plasmadas sus propias palabras. Intentamos varias entrevistas; formalmente, realizamos y registramos dos. Hicimos más fotos, en base a lo que nos contaron en las entrevistas. Conocimos, por ejemplo, la historia de una canilla comunitaria donde iba la gente a abastecerse hace veinte años, cuando no había agua de red, o del mural del Gauchito Gil, que fue pintado por los pibes, en la esquina donde suelen juntarse, en homenaje a un amigo que falleció en un accidente.



Desde el diseño del proyecto, teníamos programado intervenir con una muestra de fotos o con una escena teatral en el festejo del Día de las infancias, evento tradicional que desde hace años se



organiza colaborativamente en el centro neurálgico del barrio. Finalmente, lo que hicimos fue encargarnos de los juegos. Montamos postas tipo kermese, entre ellas un “Juego de la Oca” que tenía por tablero un mapa del barrio. Los casilleros pasaban por lugares significativos, que habíamos identificado por las entrevistas. Al caer en ellos había que realizar prendas alusivas y en grupo, y aprovechábamos para preguntar a niños y adultos

sobre anécdotas relacionadas con cada lugar. Con una selección de fotos, además, hicimos “memostests” que obsequiamos a modo de premio.

Dos semanas después, y por sugerencia de un entrevistado, convocamos a un “cinedebate” en el Domo, sede de La Tribu. El cine aparecía como algo más “cercano” y convocante que el teatro, y pensamos en recuperar la experiencia del Día de las infancias.

Difundimos con un flyer digital, afiches pegados en comercios e instituciones y una pancarta en la entrada. En la semana anterior pasamos por todas las escuelas e instituciones educativas, y el mismo día recorrimos las calles con un megáfono invitando gente. A pesar del despliegue de la convocatoria, sólo asistieron de principio a fin los vecinos de enfrente y los niños de las familias con que ya teníamos vínculos personales y habíamos invitado especialmente... Realizamos algunos juegos, una exposición de fotos del festejo del Día de las infancias, y miramos la película “Metegol” para luego poder desmontar algunos de los ejes y contenidos de la misma.

A fines de septiembre teníamos un importante acervo fotográfico, cartografías, testimonios e información sobre rituales cotidianos que hacen a la identidad y la historia del Barrio.

De la escucha atenta de las entrevistas, elegimos tres núcleos temáticos que nos resultaban interesantes para seguir indagando: el Carnaval, las versiones en torno al predio de Sans Souci (ex ISER, centro clandestino de detención y de inteligencia de la última dictadura), y el festejo del día de las infancias. Pautamos algunas “preguntas guía”, como “a qué suena Vila Aguirre”, “a qué huele” o “hasta dónde llega”. Esta última arroja las respuestas más diversas. Cada vecine tiene una hipótesis distinta y en general, fragmentaria y reducida sobre los límites del barrio. Sin embargo, todos coinciden en que se trasladan desde “La Unión” o desde “el Barrio 25 de mayo” para ir al Centro de Salud, del Hipódromo a la “Universidad Barrial”, a la plaza, a los bares o a hacer los mandados. O que cuando eran chicos jugaban en el castillo de Sans Souci, en el arroyo, en las vías o en las minas de arena. O sea, la forma de habitarlo, los vínculos entre las personas y los lugares, extienden la identidad del barrio.

La interdisciplinaria y la articulación del equipo de trabajo nos había potenciado enormemente, aun agregando la complejidad de hacer confluir expectativas y gustos muy heterogéneos (habíamos procurado infructuosamente documentarlo todo, incluso llegamos a proponernos hacer un audiovisual, una pieza de teatro y una revista... En simultáneo y sin recursos para solventar ninguna de las tres opciones...)

Habíamos podido constatar que los afectos y relaciones ya consolidadas con algunas personas e instituciones son una fortaleza y, también, que expresiones como la música, la fotografía, la literatura o las artes plásticas resultan más familiares que el teatro, aunque la familiaridad no garantiza que sean atractivas per se. Y si bien no habíamos llegado a crear y presentar ninguna escena, la teatralidad había estado siempre presente, en los juegos, en la mirada “extranjera” sobre las cosas, en las metáforas y los atisbos de ficción que fuimos captando en fotos y entrevistas.

Conscientes de las limitaciones y también de los aciertos, entendimos que era propicio comenzar a realizar más actividades en el Domo, aprovechando las posibilidades edilicias y los recursos materiales y humanos con que contamos, y poniéndolos a disposición de las necesidades y deseos



de los vecinos. En los meses sucesivos, articulamos con el Festival de Teatro Popular “Maloca” la presentación de un espectáculo proveniente de Olavarría, y organizamos una función de la obra “De hormigas y latitas”, del Núcleo de Artistas Callejersxs Emergentes de Tandil.

En este momento, nuestro principal objetivo es poder sostener actividades culturales que consideramos necesarias y que no están garantizadas en el barrio. Para ello, pretendemos instituir el Domo como espacio autogestivo e independiente del programa de La Tribu en donde se puedan realizar eventos artísticos, pedagógicos y de esparcimiento, además de seguir fortaleciendo la articulación con instituciones y organizaciones del barrio. Empezamos a preguntar por artistas del barrio, buscando posibles aliadas, y ya encontramos algunos. En ese contexto, queremos concretar un taller de juegos teatrales que favorezca el encuentro entre generaciones y la identificación de “lo común”, y retomar creativamente el proceso de investigación que iniciamos en la calle.

